

Arriba el cielo, abajo el suelo

ANDRÉS BARBA

Ilustraciones de Saavedra

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Para Alvarito, que acaba de nacer,
y para Cristina y David,
por su generosa participación en el evento.

Esto era un pueblo que caía en el vacío

Visto desde lejos, el pueblo que caía en el vacío parecía una sombra de lluvia, un batiburrillo inmenso de cosas y personas, de casas y árboles de colores muy vivos, de niños y personas mayores cayendo y cayendo. Un remolino tremendo que parecía caótico.

Visto de cerca era más extraño aún, pero también más ordenado. Las casas flotaban mientras caían, y las personas, y el Ayuntamiento, y los perros y las vacas, y las lechugas y los tomates se plantaban en el aire, y no había coches, sino aviones pequeñitos con los que la gente se trasladaba de un lugar a otro. Los aviones, claro, no aterrizaban en el suelo, porque no había suelo en el que aterrizar, sólo aire; se quedaban parados y seguían cayendo hasta que los cogía otra persona. Era una cosa extraña el pueblo que caía en el vacío, aunque no, desde luego, para sus habitantes, porque durante toda su vida habían vivido cayendo en el vacío y ni siquiera pensaban que el mundo pudiera ser de otra manera. Los bebés

nacían cayendo en el vacío, y la gente se enamoraba mientras caía, y se enfadaba mientras caía, y hacía los deberes del colegio mientras caía, y comía mientras caía, y dormía mientras caía, y nadie decía que había soñado que se caía, porque todo el mundo se estaba cayendo de verdad y aquello no era nada del otro mundo. De hecho para ellos era tan normal estar cayendo que ni siquiera tenían el verbo «caer» en su vocabulario. Si tú le decías a una persona: «¡cuidado, que te caes!», lo más probable era que te mirara con una cara rarísima, como si no entendiera nada, o le hubieses dicho: «¡cuidado, que te fretiti!».

El pueblo que caía en el vacío tenía básicamente una calle principal que caía en el vacío y varias calles paralelas, más pequeñas, que también caían en el vacío. La gente que vivía en la calle principal era más rica, y la que vivía en las calles paralelas, más pobre, aunque también había habitantes que vivían flotando fuera de esas dos calles y que no tenían casa, sencillamente volaban cayendo ellos solos, o con sus familias, sin casa, como piedrecitas que flotaban.

En el pueblo había también un Ayuntamiento que caía en el vacío, un mercado y un gran hueco, como una plaza, en el que se reunían y que se llamaba el Hueco Mayor. En medio del Hueco Mayor había una escultura enorme del alcalde cayendo en el vacío, obra del grandísimo artista, escultor, cantante, pintor, animador cultural y excelente persona Nicodemo Meco, el artista más grande del pueblo.

Por lo general las cosas caían con bastante orden,



aunque a veces se descolocaban un poco. Una casa, por ejemplo, se metía en el Hueco Mayor, o el Ayuntamiento acababa en la calle principal, o la escultura de Nicodemo Meco se iba literalmente fuera del pueblo, hacia abajo, pues era de bronce y pesaba una barbaridad, y entonces había que hacer obras. Sacaban las grúas que caían en el vacío y lo arreglaban todo como podían.

Los habitantes del pueblo que caía en el vacío tenían una peculiaridad que les hacía únicos: no tenían pies. Y es que ¿para qué va a necesitar uno los pies cuando se está todo el rato cayendo y cayendo? Al final de la pierna, justo debajo del tobillo, les salía unas bolas, que era las partes más pesadas del cuerpo y que hacían que pudieran caer siempre verticales, se llamaban «polas» y las chicas las solían tener más pequeñas que las de los hombres. También había gente que no tenía polas, igual que en la vida hay gente que no tiene brazos o que no tiene piernas. A todo el mundo le daba mucha lástima la gente que no tenía polas porque, como no tenían contrapeso, iban cayendo de una manera bastante desastrosa, dando vueltas y haciendo remolinos en el aire. Y cuando pasaba alguno, la gente se lo quedaba mirando con lástima, y los niños más pequeños lo señalaban para que lo vieran sus madres y decían por lo bajito:

—Mira, mamá, ese señor no tiene polas.

Y las madres siempre les tapaban la boca, o les decían que se callaran, porque no estaba nada bien señalar a la gente que no tenía polas.

Los habitantes del pueblo que caía en el vacío tenían también otra cualidad que los hacía bastante especiales: no todos caían todo el rato a la misma velocidad. Cuando estaban tristes caían más rápido y cuando estaban alegres caían más lento. Puede parecer una tontería pero, a veces, aquello causaba bastantes problemas. Por ejemplo, cuando había que reunir a los niños en el colegio era un poco complicado: como siempre había niños que estaban más alegres que otros, el profesor los tenía que agarrar con un lazo para que bajaran hasta donde estaban los demás, y también a los niños que estaban más tristes había que cogerles con un lazo para subirlos.

Cuando alguien estaba contento mucho tiempo se le veía subir y subir, porque caía más lento, hasta que de la persona sólo se veía un puntito. Y lo mismo cuando alguien pasaba muchas semanas estando triste: como caía más rápido, bajaba y bajaba, como la escultura que había hecho Nicodemo Meco del alcalde. Pero nadie está siempre triste o siempre alegre, por eso lo normal era que la gente subiera un poco o bajara un poco y por lo general todos caían más o menos a la misma velocidad.

A lo largo de su historia, el pueblo que caía en el vacío había tenido varios casos de personas que se habían marchado del pueblo por arriba o por abajo. Por abajo se había ido, por ejemplo, la señora Tribulete. Era una señora bastante triste que siempre se estaba quejando de lo amarga que era la vida. Hasta que llegó un día en que perdió la ilusión

completamente. Reunió a toda la gente del pueblo en el Hueco Mayor y anunció muy seria:

–He perdido la ilusión *completamente*.

–¡Pero no pierda la ilusión, señora Tribulete!

(Había habido otras ocasiones en que había perdido la ilusión sólo un poco.)

–No hay nada que hacer –respondió muy seria–, esta vez la he perdido *completamente*.

Y empezó a bajar y a bajar, cada vez más rápido. Primero parecía un avión visto desde arriba, luego un pájaro, luego un platito de té, luego un chupa chups, luego un puntito y al final, nada.

Y por arriba se había ido Mairena del Río, bailarina de salsa. Una mujer tan alegre, tan alegre, que era una barbaridad lo alegre que era. A veces, hasta había que decirle que no fuera tan alegre, porque veía a un niño llorando u otras cosas que son tristes de verdad, y ella nada, seguía alegre como una maraca. Fue durante las fiestas: Mairena estaba bailando salsa en el Hueco Mayor y comenzó a subir y a subir.

–¡Adiós amigos! –gritó–. ¡Sois muy simpáticos pero yo soy demasiado alegre para estar entre vosotros!

Al principio sólo se veían las polas de Mairena y los brazos, porque seguía bailando, y se movía tanto que parecía un helicóptero. Primero fue como un molinillo de viento, luego como una estrella, luego un puntito y, finalmente, adiós Mairena en el espacio interestelar.

E igual que había gente que se había ido del pueblo por arriba o por abajo, también había gente que

había llegado desde arriba o desde abajo. Los que venían de los pueblos de abajo decían que la gente que vivía en ellos era mucho más triste; y los que venían de los pueblos de arriba decían que allá la gente era mucho más alegre. El alcalde Fino Filipino, que era un hombre bastante sabio (tan sabio que no tenía *ni un pelo* en todo su cuerpo, por eso se llamaba Fino Filipino), decía que el mundo era como una hilera enorme de pueblos que caían en el vacío y que subiendo y subiendo aquellos pueblos eran cada vez más alegres, y bajando y bajando, cada vez más tristes.

—Nosotros tenemos mucha suerte —decía—, porque estamos justo en la mitad y por eso somos un pueblo *normal*, no somos ni muy tristes muy tristes, ni muy alegres muy alegres. Y como no somos ni muy tristes ni muy alegres, somos capaces de comprender a los tristes y a los alegres. Como alcalde vuestro que soy, os aseguro que ésa es una cosa muy importante.

La gente siempre escuchaba con mucha atención lo que decía el alcalde Fino Filipino. Era tan sabio que hablaba muy poco, pero cuando hablaba... ¡Vaya! ¡Cómo hablaba el alcalde Fino Filipino!

Y todo el mundo decía en bajito:

—¡Qué bien habla nuestro alcalde Fino Filipino!

Y estaban orgullosísimos.